

Rafael Roncagliolo

# La crisis de la modernidad y la cultura de paz

Sociólogo, profesor en la Pontificia Universidad Católica del Perú y en la Universidad de Lima. Secretario Ejecutivo de la Asociación Civil Transparencia en el Perú.  
E-mail: rafo@amauta.rcp.net.pe

diálogos  
de la comunicación

● Rafael Roncagliolo

Los organizadores de este Encuentro han querido yuxtaponer crisis de modernidad con cultura de paz. Sugieren, con este título, que la crisis de la modernidad podría alumbrar una cultura de paz. Recuerdan, por contraste, la asociación umbilical entre la modernidad y la guerra.

Con lo cual convocan a varias preguntas cruciales:

1. ¿Qué es la modernidad?;
2. ¿en qué consiste la crisis de la modernidad?;
3. ¿hay lugar para la democracia después de la modernidad?;
4. ¿es posible una cultura de paz?; y
5. ¿de qué depende la cultura de paz?

## I. ¿QUÉ ES LA MODERNIDAD?

Cuando éramos escolares se clasificaba la historia de la humanidad en cuatro períodos, cada uno de los cuales se estudiaba en un año diferente y sucesivo de la secundaria. Estos cuatro períodos eran la edad antigua, la edad media, la edad moderna y la edad contemporánea. La edad moderna empezaba en 1492, con el descubrimiento de América, y terminaba en 1789, con la Revolución Francesa.

La simplificación escolar resulta superada, claro está, por numerosos autores conocidos. Entre los comunicadores, Tehranian y Kia proponen que estos tres siglos de edad moderna deben dividirse en dos, pues en el medio de ellos, a mediados del siglo XVII, más simbólicamente con la Paz de Westfalia en 1648, se despliegan el Estado-nación y los nacionalismos, fundados ambos fenómenos sobre (a) la “nacionalización” de las Iglesias por obra de la Reforma, (b) la consolidación y el auge de las lenguas nacionales y (c) la expansión del “espíritu del capitalismo” y su racionalidad (*Tehranian y Kia, p. 135*)<sup>1</sup>.

Para la Enciclopedia Británica, la sociedad moderna se refiere a un espacio aún más recortado y más reciente en el tiempo. “La sociedad moderna -dice la Enciclopedia- debe su origen a dos grandes trastornos en el siglo XVIII,

uno político, el otro económico. Ambos fueron parte de una pauta de cambio más amplia, que, desde el Renacimiento y la Reforma, había establecido en Occidente un sendero de desarrollo distinto al resto del mundo. Esta pauta incluyó el individualismo y, en última instancia, el secularismo, que fue la herencia protestante. Incluyó también el crecimiento de la ciencia, como método y como práctica. Lo primero provocó revoluciones políticas en América y Francia. Lo segundo, al crear una atmósfera conducente a la innovación tecnológica, fue uno de los elementos claves en la emergencia de la Revolución Industrial en Gran Bretaña” (*Encyclopædia Britannica, modernization*).

Cualesquiera que fueren los límites cronológicos que se prefieran (desde finales del siglo XV, desde mediados del XVII o desde el XVIII), lo cierto es que la noción de modernidad evoca siempre un remolino de fenómenos coetáneos e inter-relacionados. Según Marshall Berman (1982), este remolino se compone de:

1. Grandes descubrimientos en las ciencias físicas.
2. Industrialización de la producción.
3. Trastornos demográficos, que incluyen tanto el crecimiento de la población como los grandes movimientos migratorios.
4. Urbanización.
5. Aparición de los medios masivos de comunicación.

6. Consolidación de Estados Nacionales.

7. Desarrollo de movimientos sociales y políticos masivos.

8. Constitución de un solo mercado mundial capitalista.

Todos estos procesos que conforman la modernidad, pueden ser agrupados en tres núcleos principales de significación:

**1. Un núcleo de significación cultural, cognitiva y ética:** el racionalismo, el iluminismo, la certeza del progreso, desarrollo de las ciencias y de las grandes narrativas (el evolucionismo de Darwin, el positivismo de Comte, la democratización según Tocqueville, el marxismo de Marx, etc.)

**2. Un núcleo de significación económica y social:** industrialización y urbanización dentro de un solo mercado mundial capitalista.

**3. Un núcleo de significación política:** surgimiento de los Estados nacionales, extensión de la democracia como “tipo ideal” de gobierno y desarrollo de movimientos de masas.

La cultura y la racionalidad modernas se remontan, como señalaba Weber, hasta la ética protestante, pero encuentran su apogeo en el Iluminismo. La industrialización fue permitida por la acumulación de capital, favorecida por la colonización iniciada a fines del mismo siglo XV, pero se despliega sobre todo a partir de la primera revolución in-

dustrial en el Reino Unido. Y el Estado-nación se anuncia, desde fines del siglo XV, con la unificación estatal producida en España por los Reyes Católicos, pero corresponde, sobre todo, a los Estados democráticos (Estados Unidos y Francia) que vienen a ser los Estados modernos paradigmáticos por excelencia.

América Latina fue una región necesaria para la modernización del mundo capitalista, pero ella misma no se modernizó cabalmente. Aunque la revolución de la independencia fue, en todos nuestros países, un fervoroso llamado a la modernización, lo cierto es que sólo se modernizaron los sectores y regiones dominantes, produciendo la imagen del dualismo estructural. Parafraseando a la teoría de la dependencia, podemos sugerir que el proceso de modernización de los países centrales acarrió, como sub-producto histórico, nuestra incorporación parcial, superficial y dependiente al mundo moderno.

## II. ¿EN QUÉ CONSISTE LA CRISIS DE LA MODERNIDAD?

Es obvio que la modernidad está en crisis. Alain Touraine (1992) ha descrito magistralmente esta crisis, sus etapas y sus laberintos, precisando que si el siglo XIX fue el de la “modernidad triunfante” (p. 121, por ejemplo), el siglo XX ha albergado el agotamiento y la crisis de la modernidad,

crisis que no es un fenómeno de los últimos años sino de prolongado arraigo.

Tal crisis puede representarse en términos de obsolescencia y caducidad de los tres núcleos de significación recién enunciados:

**1. En el núcleo de significación cultural, cognitiva y ética,** se registra el agotamiento de todas las grandes narrativas del siglo XIX, agotamiento que constituye el corazón del posmodernismo, a partir de Lyotard<sup>2</sup>. Se instalan, en su reemplazo, una cultura relativista y todos los miedos de hoy, tan bien presentados por José Joaquín Brunner.

**2. En el núcleo de significación económica y social,** lo que se cancela es la sociedad industrial. El posmodernismo ha nacido precisamente como matriz y correlato cultural de la idea de sociedad posindustrial, presentada por primera vez por Daniel Bell, en los Estados Unidos, y por Alain Touraine, en Francia (Anderson, p.38). El sector industrial no es ya el sector principal ni el motor de la economía. La fuerza principal de la producción ha pasado a ser el conocimiento. En la agonía de la sociedad industrial, agonizan también el movimiento sindical, la producción masiva, la cultura de masas y los medios masivos.

**3. En el núcleo de significación política,** por último, lo que está en crisis es el Estado nacional, y con él la viabi-

lidad de la democracia y de la noción misma de ciudadano, piedra angular del ideal democrático.

El Estado-nación ha sido, en rigor, un fenómeno cuasi-exclusivo de la modernidad, época en la cual se construyen simultáneamente (o adquieren envergadura nacional) mercados y Estados. Estos Estados, constructores de mercados nacionales, constituyeron desde sus inicios, por cierto, sociedades de la información. En efecto, los Estados nacionales se caracterizan, según Anthony Giddens (1985) por dos rasgos principales:

(a) el desarrollo de una intensa vigilancia sobre sus ciudadanos, que es la base de su compleja organización, puesto que la eficiencia del mercado requiere vigilancia, lo que hace de organización y observación hermanas siamesas; y

(b) el hecho de que tales Estados han sido creados por la guerra y se mantienen por la posesión de una defensa creíble, es decir que son intrínsecamente dependientes de la defensa, de la industria militar, y de la cultura bélica.

La crisis de la modernidad, sin embargo, alimenta dos paradojas. Una primera paradoja consiste en que, a pesar de la crisis del Estado, se mantienen, prolongan y exacerban la organización y la vigilancia que dieron origen al Estado nacional. Una se-

gunda paradoja tiene que ver con el mantenimiento de la lógica de la defensa y la guerra, más allá del mismo apogeo de los Estados nacionales, que habían constituido la palanca y la razón de ser del desarrollo de la industria militar.

De manera que esta crisis amenaza la forma del Estado, aunque no sus contenidos históricos hechos de la combinación entre vigilancia y belicismo. Contenidos que parecen permanecer, aún cuando no sabemos a ciencia cierta qué viene después del Estado nacional: ¿el Estado supra nacional? ¿la fragmentación? ¿ambos a la vez?

Se trata de preguntas absolutamente pertinentes en América Latina, donde las dictaduras militares han sido posibles gracias al poder de fuego alimentado por la necesidad de presentar a los vecinos una defensa creíble. ¿Se acaban el militarismo y la represión interna con la paz duradera en América Central, entre Argentina y Chile o entre Ecuador y Perú? ¿se terminan nuestros Estados con el MERCOSUR o con el TLC?

### III. ¿HAY LUGAR PARA LA DEMOCRACIA DESPUÉS DE LA MODERNIDAD? <sup>3</sup>

Entre nosotros, globalización y posmodernidad son términos que han tendido a desplazar, pasmar o interrumpir la reflexión en torno a otras dos nociones, que están íntima-

mente ligadas a ellos, ya que aluden a realidades coetáneas e intersecantes con la globalización y la posmodernidad:

1. el concepto de sociedad de la información, que, a partir de los neologismos, ya en desuso, de las *communications* y la *telematique*, fue hasta ayer la moneda de mayor circulación para denominar a los cambios en curso<sup>4</sup>; y

2. la imagen de la *global village*<sup>5</sup> que se retoma más elaborada en esquemas recientes, abocados al actual reemplazo de la cultura de la escritura por la cultura del audiovisual. Lo que había empezado a vislumbrar el “integrado” Mac Luhan<sup>6</sup>, hoy fundamenta una crítica multiforme, y a veces “apocalíptica” a la televisión, en la que participan entre muchos otros, Jürgen Habermas, Karl Popper, Pierre Bourdieu, Giovanni Sartori y Régis Debray.

Para ilustrar someramente algunos elementos de esta crítica: el desmontaje de la televisión de servicio público (modelo BBC) constituye un hecho mayor dentro de los procesos de decadencia de la “esfera pública burguesa” y de “refeudalización”, analizados por Habermas (1989). Considerado el filósofo de la libertad, “por excelencia”, Karl Popper, ha dicho por su parte, que “la televisión corrompe a la humanidad, es como la guerra” (1992, p. 93). Y, cuestionan-

do el papel de la televisión en la vida democrática, el sociólogo Pierre Bourdieu ha llamado a “combatir para que la comunicación audiovisual, que habría podido volverse un extraordinario instrumento de democracia directa no se convierta en instrumento de opresión simbólica” (1996, p. 8).

Giovanni Sartori, quizás el más conocido analista de la democracia y los sistemas políticos contemporáneos, se ha detenido a escribir un libro sugerentemente titulado “Homo videns”, en el cual propone que “el vídeo está transformando al *homo sapiens*, producto de la cultura escrita, en un *homo videns* para el cual la palabra está destronada por la imagen” (p. 11); con lo cual el pensamiento conceptual y abstracto (que caracteriza al *homo sapiens*) queda reemplazado por la percepción, sensible y concreta. En la misma perspectiva, Régis Debray (1991, 1995) ha hablado del fin de la logosfera (predominio de la imprenta) y su reemplazo por la videoesfera (cultura del audiovisual).

Subyace a esta unanimidad multidisciplinaria de críticas, la idea de que más que un cambio técnico lo que tenemos en frente es un cambio cultural que afecta a la naturaleza misma de la democracia, de la vida política y del Estado. La globalización sería imposible e ininteligible sin sus vehículos culturales: la TV, la computadora y las te-

lecomunicaciones (laser, satélites, internet); y sin la transformación radical de la cultura y de la política que estos vehículos portan.

La crisis de la modernidad puede entenderse en el terreno de la política como el advenimiento de la globalización/videoesfera en la que se desvanecen los cimientos mismos de la vida democrática. La video-política acompaña una nueva conversión de los sujetos individuales, que ahora dejan de ser ciudadanos (a los cuales hay que convencer) para convertirse en consumidores (a los cuales hay que seducir) (Debray, 1991). Lo que hace elocuentemente Sartori es explorar y explicar las consecuencias de este vaciamiento de la vida política y del ejercicio democrático.

Todo lo cual nos sitúa ante la crisis de la política, de los partidos y de la democracia, que es una crisis universal y que desborda ampliamente la explicación a partir del agotamiento de los paradigmas ideológicos, para arraigar en esta transformación de largas data y aliento, que es la transformación en los paisajes y en el consumo culturales y, sobre todo, la transformación de las mediaciones entre los seres humanos y entre éstos y la técnica.

De esta manera, la crisis de la modernidad es una profunda crisis de la democracia y de la noción del ciudadano que es su sustento y su actor

necesario e imprescindible. La democracia ha existido sobre la base de los espacios públicos, la discusión racional de propuestas y la búsqueda de negociaciones y consensos. Es esta la base que resulta erosionada y que se sustituye por ejercicios mercantiles de seducción a los electores y de venta de los candidatos como productos cuyos valor en el mercado y propuestas se fijan por las encuestas de opinión (según el modelo de democracia cuya factura inicial se expidió en los Estados Unidos, a partir de la década de los años treinta).

Dentro de este nuevo paisaje crítico de la política universal y de la democracia, existe una forma específica de manejo estatal que consiste en la constitución de un tipo de Estado que llamaremos liberal-autoritario, a título provisional y a falta, por ahora, de una denominación más precisa. Este tipo de Estado es liberal en la economía y formalmente democrático en la política. Pero esta formalidad democrática oculta un ejercicio del poder profundamente autoritario y sofisticadamente represivo en sus efectos. Este Estado parece existir en diversas partes del mundo, pero ha emergido también en América Latina, en el caso del Perú<sup>7</sup>.

Es por este carácter, potencialmente paradigmático (y no sólo por el obvio interés particular del autor de esta

ponencia), que parece pertinente traer a colación el caso del actual Estado peruano, expuesto con evidencia ante el mundo entero, en las últimas elecciones generales realizadas en este país.

Estas elecciones recién pasadas, se caracterizaron por un conjunto de características absolutamente inaceptables desde el punto de vista de los estándares democráticos internacionalmente aceptados. Tales características se pueden resumir en cuatro elementos<sup>8</sup>:

1. Adaptación forzada del marco constitucional, legal e institucional a fin de permitir un tercer período de gobierno para el Presidente Fujimori y neutralizar toda iniciativa de impugnation al mismo.

2. Establecimiento de autoridades electorales manifiestamente parcializadas y, consiguientemente, de un conjunto inagotable de actos fraudulentos, desde la falsificación de firmas para inscribir a un movimiento político hasta la compra de parlamentarios electos.

3. Intensa participación de todas las instancias estatales (y, en particular, de las Fuerzas Armadas) en la campaña electoral del candidato-presidente y en la contracampaña de hostigamiento y represión contra todos los otros candidatos.

4. Inexistencia de competencia electoral, particularmen-

te en la televisión de señal abierta.

Este conjunto de características no se ha presentado, al menos no en una magnitud siquiera remotamente comparable, en ninguna de las últimas elecciones hispano-americanas (en orden regresivo Venezuela, México, República Dominicana, Guatemala, Chile, Uruguay, Argentina) y, en general, hace mucho que estaban ausentes de los paisajes electorales de la región y de otras partes del mundo. Como lo señalara la experta electoral británica Rebecca Cox, al encabezar su informe de una temprana observación del proceso electoral peruano, “el Perú en el 2,000 posee las instituciones y la apariencia de una democracia, pero no las normas ni la esencia” (Cox, p. 1).

La piedra angular de esta forma nueva de autoritarismo no reside en el control simultáneo de todo el aparato del Estado (Ejecutivo, Legislativo, Judicial y, en particular, el ejército), que es lo ya conocido. Lo nuevo es la manera en que se establece el control sobre la televisión de señal abierta.

En la medida en que el set de televisión ha reemplazado a la plaza pública como terreno principal de la acción política (que ya no es convencimiento sino seducción), el control de la televisión permite construir y mantener un tipo de dictadura que, por supuesto, se asemeja menos a las dictaduras militares de ayer que al “1984” de Orwell.

El control monopólico de la televisión permite, ante todo, según el viejo concepto de la *agenda setting*, determinar qué alternativas políticas existen socialmente y cuáles no. Como, entre muchos otros, lo ha señalado Castells: “Aunque sus efectos sobre las opciones políticas es muy diverso, en las sociedades avanzadas, la política y los políticos que no aparecen en televisión no tienen ninguna posibilidad de obtener el apoyo público, ya que las mentes de la gente se informan sobre todo por los medios de comunicación, y el más importante de ellos es la televisión. Su impacto social funciona en el modo binario: ser o no ser” (368).

En el régimen peruano, cuando, a pesar del control de la televisión, un actor social logra despegar del pantano de la ignorancia colectiva (es decir, del no ser), como ha ocurrido en el último proceso electoral, la televisión se utiliza para vilipendiar y envilecer. Este vilipendio, que ha logrado tumbar candidato tras candidato, es el complemento de la desinformación<sup>9</sup>.

Lo nuevo y extraordinario, y lo que diferencia a este tipo de régimen de las antiguas dictaduras militares, es que todo esto puede operar a partir y en nombre de la libertad de prensa (= libertad de empresa). En el Perú, la censura política opera revestida de censura comercial<sup>10</sup>. Legal y formalmente el Estado no in-

terfiere en nada. Más aún, el Estado ha llegado a reconocer el desequilibrio de la situación, pero reclama no poder hacer nada, justamente en nombre del sagrado principio de la libertad de expresión.

Sus mecanismos de férreo control sobre la televisión son todos “legales”: la dependencia financiera de la publicidad estatal (en época de recesión, cuando el resto de la publicidad declina), la tributación, los juicios comerciales manejados por un poder judicial enteramente subordinado al Ejecutivo, y los chantajes a cargo del servicio de inteligencia.

Así, cuando la política es videopolítica, un Estado autoritario (directamente sustentado en la Fuerza Armada como su “partido”) puede afirmarse y pretender título de legitimidad, recurriendo precisamente a las ideas neoliberales que circulan como bandera y emblema de la globalización. ¿Será ésta una excepción anacrónica, un modelo o una de las variantes de organización del Estado en la crisis de la modernidad?

Sea como fuere, la crisis de la modernidad es crisis de la democracia y de los partidos políticos, en todas partes del mundo y en todos los países latinoamericanos, aún cuando no en todos ellos se haya llegado al grado de pulverización de las organizaciones políticas que han experimentado Perú y Venezuela.

#### IV. ¿ES POSIBLE UNA CULTURA DE PAZ?

Para hablar de la paz, hace falta partir de los consensos sobre los que se funda el nuevo orden internacional realmente existente. A menudo se piensa que el único consenso de la globalización es el neoliberalismo. Sin embargo, la globalización parece estar-se realizando con otros dos consensos adicionales: el de la democracia como forma de gobierno y el de la universal adhesión a los derechos humanos. O sea que son tres los términos sobre los cuales se construye la sociedad global: el mercado, la democracia y los derechos humanos. En los tres se vive la cesión de soberanías nacionales en beneficio de instancias supranacionales.

En materia de derechos humanos, lo acontecido con el general Pinochet demuestra el cambio de los tiempos y autoriza a exonerarse de cualquier comentario adicional. Lo que, en cambio, vale la pena subrayar, es que a pesar de la crisis de la democracia vivimos una innegable expansión y consolidación de los regímenes formalmente democráticos, así como la emergencia de instancias internacionales fundadas sobre la adhesión a la democracia. No es casualidad que tanto la OEA como el MERCOSUR se definan como clubes democráticos, que hacen de la existencia de regímenes democráticos una condición de membresía; y de su ausencia,

una causal de expulsión. Ello explica también que sea la OEA la que pone la mesa para las negociaciones entre el gobierno y la oposición peruanas, destinadas a organizar la transición a la democracia.

Como señala López Pintor, “en la última década del siglo XX se han librado alrededor de cincuenta conflictos armados entre guerras civiles y territoriales, la mayor parte relacionadas con la tensión entre las superpotencias de la guerra fría y el colapso del orden soviético. Simultáneamente se producía una oleada democratizadora sin precedentes históricos. Contándose el siglo entre los más cruentos de la era moderna, llega a su fin bajo el impulso de la fortuna con más de dos tercios de los gobiernos nacionales basados en elecciones libres. Hace veinte años, cuando la transición en España, había poco más de 30 democracias en todo el mundo. Al escribir estas líneas, el número de regímenes democráticos en distintas fases de consolidación rondaba los ciento cincuenta. La contradicción entre violencia y negociación se salda a favor del pacto”. (*López Pintor, p. 15*). De manera que vivimos tiempos en los que la democracia parece crecer en extensión geográfica, a pesar de disminuir en intensidad y calidad.

Este auge en el número de regímenes formalmente democráticos alimenta la esperanza de la paz. Sin embargo,

los Estados nacionales y las democracias modernas, como ya se ha dicho, se fundaron sobre la guerra. Una de las críticas posmodernas a las ilusiones de la modernidad apunta precisamente al hecho de que nunca la guerra mató tantos hombres como en la época moderna, a pesar de las promesas iluministas (*Lyotard, p. 37 y ss., Webster, p. 167*).

La búsqueda de la paz puede entenderse como una reivindicación característica de esta época, al lado de las reivindicaciones de género y ambientalistas. La noción marxista de la violencia como partera de la historia cede lugar, en todas partes, a una cierta sana obsesión por la democracia y la paz.

Lo importante es que la idea y el ideal de la paz no se reducen a la ausencia de guerras. Como lo anuncian todos los movimientos pacifistas contemporáneos, “la paz es un concepto que para que pueda ser real, requiere de la realización de otros valores con un alto grado de anterioridad: justicia social, igualdad, democracia, libertad, solidaridad, tolerancia y conciliación” (*CEAPAZ, p. 7*).

Lo importante es que la salida de la modernidad supone una pérdida de peso de los Estados nacionales, en beneficio de organismos supraestatales. Esta doble condición abona la conciencia de que los ejércitos son cada vez menos necesarios; y en la

medida en que esta pérdida de necesidad se traduzca en hechos, dejarán de tener razón de ser la industria bélica y, ojalá, la cultura bélica. Digamos, entonces, que la paz es más posible y viable ahora que en plena modernidad.

## V. ¿DE QUÉ DEPENDE LA CULTURA DE PAZ?

No es un dato secundario el que los comunicadores hayamos transitado de las comunicaciones a la cultura; de las políticas nacionales de comunicación a las políticas culturales; de la comunicación para la paz a la cultura de paz. Este tránsito forma parte de nuestro desplazamiento desde los medios hacia las mediaciones (tema emblemático de Jesús Martín Barbero) y desde los instrumentos y estructuras de producción hacia los procesos de consumo (en el camino recorrido por Nestor García Canclini).

Ciertamente no estamos solos en esta ampliación de miras y de focos de preocupación. También la UNESCO, bajo la conducción de Federico Mayor, y con inspiración, entre otros, del peruano Felipe Mac Gregor S.J., se ha comprometido en la búsqueda y construcción de una cultura de paz.

Quisiera terminar señalando que la posibilidad de desarrollar una cultura de paz (en las antípodas de la cultura de guerra, característica de la modernidad) descansa sobre

el desarrollo de movimientos de comunicación comunitaria y de vigilancia ciudadana.

Pienso, sobre todo, en dos ejemplos: el primero es el de las radios comunitarias que, a pesar de las políticas tendientes a expulsarlas del espacio electromagnético, se consolidan en América Latina y en todo el mundo, sirviendo de vehículo a las más diversas expresiones culturales que buscan crear un clima de tolerancia y convivencia, tarima tanto para la paz como para la democracia.

Mi segundo ejemplo se refiere a los movimientos de vigilancia ciudadana, que han emergido como un nuevo tipo de movimientos sociales, al lado del feminismo, y de los grupos de defensa del medio ambiente y de consumidores. Entre estos nuevos movimientos de vigilancia ciudadana destacan, en América Latina, los grupos de observación electoral, que ya existen en México, Guatemala, Nicaragua, Panamá, República Dominicana, Venezuela, Colombia, Perú, Paraguay, Argentina y Chile; los mismos que se han agrupado en el “Acuerdo de Lima” y que observaron juntos las elecciones municipales del domingo 5 de noviembre en Nicaragua.

Para estos grupos, “la democracia es demasiado importante para dejarla sólo en manos de los políticos”. Su reivindicación del derecho de los ciudadanos a vigilar la vida política, anuncia que los

ciudadanos, supervigilados en la modernidad, al decir de Giddens, intentan ahora vigilar a los vigilantes.

Concluamos, entonces, que la democracia y la cultura de paz dependen de nuevas organizaciones ciudadanas, en las que los comunicadores podemos encontrar un hermoso desafío y una excelente manera de desplegar nuestras competencias profesionales.

## NOTAS

1. Como se sabe, Tehranian y Kia describen la historia de la humanidad como la sucesión de siete tsunamis de democratización. El primer tsunami viene dado por la aparición de la escritura y de la historia, 8,000 años antes de Cristo. El segundo por la expulsión de los moros de España, el descubrimiento de América (1492) y la imprenta; el tercero, que fijan simbólicamente en la Paz de Westfalia (1648), por el desarrollo de las Naciones Estado, que va a dar origen a las revoluciones liberales de Inglaterra (1688), Estados Unidos (1776) y Francia (1789). El cuarto tsunami corresponde a la expansión de las revoluciones democráticas y tiene como año emblemático 1848. El quinto se inicia con la segunda post-guerra mundial (1945), el sexto con el fin de la guerra fría (1989) y el séptimo pertenece al territorio de la futurología.

2. Prescindimos en este texto de una discusión específica sobre los contenidos y alcances del posmodernismo y la posmodernidad. Pero no podemos dejar de recordar que el térmi-

no 'posmodernismo' emergió primero y muy tempranamente en el mundo hispánico de los años treinta, con Federico de Onís; y que, a su vez, "el término 'modernismo' como denominación de un movimiento estético fue acuñado por un poeta nicaragüense que escribía en un periódico guatemalteco sobre un encuentro literario que había tenido lugar en el Perú" (Anderson, p. 9, citando al escritor peruano Ricardo Palma).

3. Se retoman aquí algunas ideas expuestas en el Seminario "Cultura, comunicación y Estado en América Latina, los desafíos de la globalización", organizado por el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina) y la World Association for Christian Communication, que tuvo lugar en Córdoba, Argentina, entre el 6 y el 8 de julio del 2,000. La ponencia del autor, que aquí se retoma se tituló *Estado y globalización: reflexión desde el Perú* (en prensa).

4. Prescindimos aquí de la discusión sobre la pertinencia de cada término y sobre los efectos específicos de la informatización, que hemos tratado en el artículo que se registra en la bibliografía (1997). Además, después de más de medio siglo de televisión, los efectos de la "videoesfera" sobre la política y el Estado resultan más asibles que los de la informatización, que apenas ha cumplido veinte años (edad de la PC) desde su ingreso a los bienes de consumo directo y a la vida cotidiana. Parece, pues, ser aún temprano para analizar la "cultura de la virtualidad real" de que habla Castells (1996, volumen I, ps. 359 y ss.)

5. El IX Encuentro de FELAFACS, realizado en Lima en 1997, se tituló justamente "Desafíos de la comunicación globalizada".

6. No es de extrañar que Marshall McLuhan fuera un fuerte inspirador de John Cage, quien, junto con Robert Rauschenberg y Buckminster Fuller son autores principales en la clásica y fundacional bibliografía posmodernista publicada en 1971 por Ihab Hassan (véase Anderson, ps. 27 y ss.).

7. Los casos similares más citados son los de Malasia, en Asia, y Zimbawe, en Africa. En América Latina, el Perú actual ha sido comparado a menudo con los inicios del régimen uruguayo de Bordaberry. Sin embargo, lo que sostenemos en estas líneas, es que el régimen de Fujimori comparte con el de Bordaberry su origen civil junto con su sustento principalmente militar, pero difiere en lo sustantivo por sus mecanismos de ejercicio del control y la represión.

8. El desarrollo y documentación de estos cuatro elementos se encuentra en la página Web y en las publicaciones de TRANSPARENCIA, en particular en el documento citado en la bibliografía.

9. En esta genuina construcción de chivos expiatorios, el régimen peruano se asemeja al fascismo. Sólo que no es capaz de movilizar masas. Así, los mítines del gobierno reúnen poca gente (en general, pagada para asistir) y concitan escaso entusiasmo.

10. Como lo recuerda Debray (1991), en la historia ha habido tres censuras sucesivas: la eclesíastica, la política y la comercial. El modelo peruano permite combinar, por lo menos, las dos últimas (con manotazos de la primera desde el Arzobispado de Lima).

## TEXTOS UTILIZADOS

ANDERSON, Perry, Los orígenes de la posmodernidad, Anagrama, Barcelona, 1998.

BARNET, Richard Y MULLER, Ronald, Global Reach, Simond and Schuster, New York, 1974.

BELL, Daniel, The coming of Post-Industrial Society: A Venture in Social Forecasting, Hardmonsorth, 1976.

BERMAN, Marshall, All that is Solid Melts into Air. The Experience of Modernity, Simon and Schuster, New York, 1982.

BOURDIEU, Pierre, Sur la télévision, suivi de L'emprise du journalisme, Liber, París, 1996.

BRUNNER, José Joaquín, Globalización cultural y postmodernidad, Fondo de Cultura Económica, Santiago de Chile, 1958.

CASTELLS, Manuel, La era de la información, Alianza Editorial, Madrid, 1996 (3 volúmenes).

DEBRAY, Régis, Cours de médiologie générale, Gallimard, París, 1991.

DEBRAY, Régis, El Estado seductor. las revoluciones mediológicas del poder, Manantial, Buenos Aires, 1995.

DEBRAY, Régis, Vie et mort de l'image, Gallimard, París, 1992.

GIDDENS, Anthony, The Nation State and Violence: Volume Two of a Contemporary Critique of Historical Materialism, Cambridge, Polity, 1985.

HABERMAS, Jürgen, The Structural Transformation of the Public Sphere: An Inquiry into a Category of Bourgeois Society, Polity, Cambridge, 1989.

LOPEZ PINTOR, Rafael, Votos contra balas, Planeta, Barcelona, 1999.

LYOTARD, Jean-François, La condición posmoderna, Cátedra, Madrid, 1984.

MATTELART, Armand, "Utopía y realidades del vínculo global: para una crítica del tecnoglobalismo", en Diálogos, N° 50, octubre de 1997, FELAFACS, Lima.

MC LUHAN, Marshall, The Gutenberg Galaxy: The Making of Typographical Man, Toronto University Press, 1962.

ORTIZ CRESPO, Gonzalo, En el alba del milenio, globalización y medios de comunicación en América Latina, Corporación Editora Nacional, Quito, 1999.

CENTRO DE ESTUDIOS Y ACCIÓN PARA LA PAZ, PAZ n° 361, Lima, setiembre 2,000.

POPPER, Karl, La lección de este siglo, Temas Grupo Editorial, Buenos Aires, 1992.

RONCAGLIOLO, Rafael, "Los espacios culturales y su onomástica", en Diálogos, N°50, octubre de 1997, FELAFACS, Lima.

SARTORI, Giovanni, Homo videns, la sociedad teledirigida, Taurus, Madrid, 1998.

TEHRANIAN, Majid y KIA, Katharine, "Democracia y globalización", en Scientia et Praxis, Revista de Investigación de la Universidad de Lima, # 20, enero-junio 1996.

TOURAINE, Alain, Critique de la modernité, Fayard, París, 1992.

TOURAINE, Alain, La sociedad post-industrial, Ariel, Barcelona, 1969.

TRANSPARENCIA, Balance de las elecciones del año 2,000, Lima,2000.

WEBSTER, Frank, Theories of the Information Society, Routledge, Londres, 1995.

<http://www.britannica.com>